LIBRO dot.com

LEOPOLDO LUGONES
Impresiones en las Montañas de oro
Antonio Monteavaro



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

LEOPOLDO LUGONES[1]

Impresiones en las Montañas de oro

1

Curioso sería estudiar la evolución intelectual de este joven literato tan maltratado en sus comienzos y tan francamente aceptado en la actualidad. Impuesto de una manera que hace exclamar a majaderos e inteligentes "oh, es un talento", bien merece ser estudiado por alguien que, de sus intimidades, pueda apreciar el proceso psicológico efectuado durante su corta vida de escritor.

Pero, es ésta, tarea que, por mí parte, no puedo realizar, debido a la escasísima relación que con Lugones he tenido. Sólo ofreceré, pues, un deficiente estudio basado en vagas hipótesis que la lectura de algunos cuentos y su libro Montañas del oro, me han sugerido.

Parece muy erudito a primera vista, y más aún a segunda. Debe haber estudiado la antigua literatura indica de los veda aunque no tanto como sería menester, la hebraica le ha empapado en sus aguas proféticas y talmúdicas, y sabe de Evangelios, tanto como un fraile de los buenos tiempos de la escolástica: un poco menos como teólogo, tal vez más como teósofo, con permiso del nunca bien ensalzado Abelardo.

Estos conocimientos sagrados son desmembración de sus fuertes estudios de Edad Media. La ilustración conventual de monjes austeros y aristotélicos sofistas ha encontrado en Lugones un alma ávida que necesitó bañarse en las fuentes de la cristiana lógica, y por ende, en las Escrituras, así como un jurisconsulto requiere, como iniciación previa, el conocimiento del Digesto y el culto a los Papinianus y los Gaius.

A consecuencia de la sabiduría monacal, Lugones ha leído y escudriñado algo de los sueños con que sombríos frailes se atenazaban el alma. El afán de los grandes descubrimientos en la Naturaleza, la transmutación de los metales por la propiedad enigmática del mercurio, las retortas de los nigromantes, las danzas sabáticas, los sueños bestiales de emperadores y caides carniceros, las rígidas pragmáticas de instituciones que asfixiaban la moral humana, etc., etc., han desfilado por delante de sus ojos con sus duros contornos y única esencia. Algo de espanto y de fruición quedó después en Lugones.

También, como buen modernista, estudió las literaturas helénicas y latinas, bases de la sabiduría contemporánea. Habrá, después, leído a los Ronsard y los Jodelle de la Pléyade reaccionaria y las de Rambouillet alambicadas gentes. Conocerá la literatura hispana desde los balbuceos del romance hasta la actual erupción de galófilos y tendrá buenas noticias de las que predominaron en todos los pueblos durante el presente siglo, especialmente de la francesa.

[1] "Leopoldo Lugones", en El Mercurio de América, Buenos Aires, junio de 1899.

Pero ¿a qué escuela o doctrina tiende su temperamento artístico? Con mucha parsimonia se debe caminar aquí. Y conste que no le doy rango en teorías militantes. Si bien a veces le vemos ciertas oscuridades sociológicas de Ibsen y ternuras viriles de Dostoiewsky, no cabe duda que el maestro Hugo le atrae con su poderosa figura de iluminado.

Quien buscare en Lugones la fibra de las delicadezas, solemne chasco se llevaría. Su mujer (la de sus cantos) es una lasciva y simbólica encarnación de la Proserpina cristiana, aquella de quien huyeron los temerosos solitarios. Esa mujer no está en Hugo, ni en Verlaine, ni en el extraño borracho de tan poéticas mujeres, y apenas si se vislumbra en Baudelaire. Se vislumbra apenas cuando el opio le hace soñar monstruosidades. Pero no es la misma. Para encontrarla hay que amasar la levadura de sugestivos autores y después extraer cierta esencia que mediante una simbólica fermentación produciría un filtro. Con este filtro se tiene el principio generador de la mujer de Lugones. Hay algo de alquimia en esto.

Verlaine -¡pobre fauno católico!- le ha prestado la flauta y Balzac le dio el aliento que mete almas dentro de los cuerpos. Después, vagas reminiscencias han concluido por perfeccionarlo grabando una personalidad en todos sus rasgos y caracteres. De modo que Lugones es un ser con vida propia que se destaca, casi único, en nuestra vida literaria. Los años acabarán de completarlo. Por lo pronto semeja uno de esos Dioses que departen en el Olimpo con medio cuerpo visible y el otro perdido en la niebla que les sirve de asiento.

Lo enorme y lo extraño; aquello que a fuerza de ser grandioso resulta grotesco, y muchas veces falso; atrae su espíritu y le ilumina. A veces, como Hugo, baja a lo soez y el estiércol se le antoja oro fino y en las huellas de las gallinas ve las estrellas. Así, ocultos en las entrañas mineras y envueltos en despreciable costra, están los rayos del sol, metalizados, que dijeron los astrólogos.

En toda obra hay filosofía. En la de Lugones, embozada primero con la capa simbolista, cobijada más tarde par un manto de absolutismo, siempre enseña su faz de estética racional; es decir, el anhelo de producción útil, en cuanto sostiene principios o tendencias o tesis importantes a la humanidad. Tiene, pues, su filosofía.

Quien la leyese superficialmente sólo vería imágenes soberbias que más parecen resplandores. Pero en el fondo hay la metafísica que Comte dijo ser un estado de transición y que él debe creer como la última expresión de la finalidad humana. Apunto esta circunstancia come mera conjetura explicable en la idea madre que informa su obra. El positivismo, raíz de que brota el árbol sociológico moderno, no tiene la más mínima aceptación en sus poesías. Principios hinchados, no los análisis concienzudos de la ciencia experimental, vibran en sus escritos.

Si el hombre desciende del simio antropoide o es una especie determinada, así sea Adán, el progenitor, o bien la raza dolicocéfala -de la cual la ciencia etnológica encuentra los primeros vestigios humanos-, nada se le importa. Pero se ha forjado una idea del hombre y la ha desarrollado para que llevada en sus consecuencias la felicidad no sea una leyenda. Así las grandes palabras de la Convención "libertad, fraternidad, igualdad" que tan a hueco nos suenan, transformadas por los socialistas y armonizadas con la civilización -¡extraña civilización!- moderna, encuentra un paladín en este poeta que es un soñador metafísico aunque él crea, solamente ser artista. En la poesía "Metempsicosis" es donde más clara se destaca la idea madre a que he aludido.

"Y yo era un perro" con que termina, es la consagración.

En la introducción a las Montañas del oro, una gran columna de silencio y de ideas en marcha, niega a Dios; el poeta pregunta "¿y con qué vais, entonces, a llenar lo infinito?" y se decide a embanderarse con los astros, vale decir, rechazar la impiedad positivista, la explicación del determinismo y de todo cuanto se opone a la libertad, para plegarse a lo que reconoce voluntad e inteligencia y alma. (Aparto de la cuestión el impulso prometeano).

Congratulándome por el hallazgo de esta tesis filosófica estudiaré en el siguiente número arábigo el libro Montañas del oro, original del autor.

2

Y llamo original a Montañas del oro, no para individualizar su producción sino porque en ella hay originalidad externa y llamativa. Desde la inscripción de las tapas hasta en la peregrina forma de dar a conocer las obras inéditas del autor hay una originalidad encantadora que recuerda las adorables genialidades de Alfonso Karr. ¡Y qué cruel sátira a los editores!

Se divide el material de la obra en tres ciclos y dos reposorios.

Ante todo: no creáis lectores (si los hay, y valga la frase!) que el título Montañas del oro esté bien aplicado. Podrían ser del bronce o de la plata o del granito, si queréis, sin que se os pudiera argüir que son de oro y no de otra substancia.

Pero ¿qué importa el título? Como hay necesidad de decir "esta obra mía se diferencia de otras y por eso la bautizo para individualizarla", el público haría mal en protestar. Si yo tengo un hijo y le pongo el nombre de Jesús y resulta un Barrabás, nadie me increpará por ello.

Esto quiere decir que el título Montañas del oro está puesto para quienes ordeñan su inteligencia en el afán de dar intención y proyecciones a lo que es invención de un humorismo refinado. Recuerdo, a este propósito, una pregunta del ya citado Karr: "¿A que no os imagináis lo que me pondré en la cabeza para salir a la calle?" Solo un tímido joven se aventuró a decir "el sombrero", y naturalmente, fue el único que acertó.

El poema es, no obstante, serio y bueno. Cada ciclo es verdaderamente un ciclo, y se percibe una notable selección bajo distintas influencias poéticas.

Así se ven en lo que llamaré cantos, saltos prodigiosos que quitan a la obra la unidad necesaria y las ligaduras naturales. En ese concepto su título de montañas, está bien aplicado porque ascendiendo, a veces, un alto picacho, por peligrosos senderos, se sienten grandes derrumbes y hay huecos que son simas así como inmensas moles verticales que dominan la atmósfera.

La grave promesa de la introducción no se cumple por completo. Se explica la deficiencia porque comienza con una mentira. La columna de silencio y de ideas cuya descripción se compendia en "clamores de conquista, rumores de mareas" es una negación de sí misma. O la columna es de silencio o no lo es: *that is the question.* Esta crítica que parece baladí se presenta sin embargo, grave y honda, porque la marcha conquistadora que el poeta contempla no puede ser nunca una columna de silencio: hay mucha vendimia roja, como él mismo dice. También se percibe en ese gigantesco prefacio un huguismo del que' conviene protestar. Así:

"...El cielo es la frente de Dios, sobre la eterna serenidad suspensa: cuando se llena de astros y sombra, es que Dios piensa", y varias otras citas como "tanto vale manchar un lirio, como manchar un astro", etc., demuestran un influjo del poeta soberano que viene a perjudicar su valor individual. Ciertamente que para concebir y expresar esas frases grandiosas se necesita un poder como el de Hugo, pero es también cierto que trazar un camino con arreglo a planos conocidos vale menos que construirlo con la presciencia de la originalidad.

El, primer ciclo del poema tiene visiones de mujeres dentro de una grande concepción biológica. "Oda a la desnudez" es un canto gravemente lujurioso: la "pálida consorte... gimiendo de amor bajo las torvas virilidades de mi barba" es la mujer de que hablé en un principio, la cual se repite en "Los celos del sacerdote" y en la "Nebulosa Thulé" y hasta en "A Histeria".

Esta última, "flor de pesadilla" digna de Baudelaire, tiene una frase "caímos a un abismo tan profundo que allí no había Dios", que es por sí sola una revelación pese a su falsedad como grito de creyente. En cambio la danza de "ojos", esa repetición incansable de un sustantivo magníficamente adjetivado, es de un penetrante mal gusto pues, faltando la impresión que debía causar y para la que fue anti-literariamente repetido, el artificio tiene que irritar. A mi juicio es esta, sin embargo, una de las mejores poesías que ha producido Lugones. Las comparaciones originales, exactas y evocadoras son tan poéticas que uno sonríe, se enternece y siente violenta tentación de buscar a Lugones, mirarlo y exclamar "¡parece mentira!..." Por ejemplo: "...montes lejanos levantaban sus cúspides casqueadas de nieve, bajo el brillo de los astros como enormes cabezas de kalifas."

Otras:

"Oh, no mires mis ojos que mis ojos están sangrientos como dos cadalsos; negros como dos héroes que velan enlutados al pie de un catafalco!"

"Los celos del sacerdote" y "La rima de los ayes" parecen escritas después de leídos los Cantos de Maldoror: hay en ellas una satánica maldad, externa, -simplemente externa- que recuerda los espasmos demoníacos del loco conde que prostituye al Creador.

"Metempsicosis" es una plañida. Tiene queja, tiene ira, tiene soberbias bofetadas y tiene un lamentable aullido, desgarrador, tristísimo. El poeta se mantiene siempre en la cúspide, y, lo que es raro, el águila ve a la oruga.

Termina las antífonas con este verso:

"Mi lengua clavará con una estrella".

El segundo ciclo inspirado en un versículo de San Juan, que le sirve de epígrafe: "no hagas mal a la tierra, ni a la mar, ni a los árboles hasta que señalemos a los siervos de nuestro Dios en sus frentes"; Lugones va más allá aún, pues no se contenta con la clásula prohibitiva sino que hace bien a las cosas inanimadas.

Como me es imposible dar la extensión requerida a este estudio que sólo tiene pretensiones de meros apuntes, citaré, olvidando notables bellezas, a "E1 carbón" y "Las vacas" que son dos regias piscinas de las más puras, más transparentes y más saludables aguas. Como que de la muerte hacen brotar el alma inmortal.

El tercer ciclo es compendio y atrevimiento. No sé por qué, se me figura que el poeta al ensayar sus alas -de Benvenuto- rudimentarias ante los siglos, ha aleteado en el suelo. Noto el esfuerzo de una anhelosa impotencia y el jadeo del vencido. Y me lo explico porque entre la Fe de la palanca de Arquímedes aplicada por Schiller y el homúnculo de Goethe destruyendo todas las sabidurías, Lugones entiende y siente a la primera mientras desdeña al segundo; mejor dicho, su ser le impide alcanzar a este y entonces lo repudia.

Así que ese embarque aventurero a través de todos los siglos, hacia atrás, navegación que requiere más cerebro equilibrado que sentimiento impetuoso, Lugones estuvo a punto de caer como Icaro. Si a semejanza de Cellini hace creer en sus alas para tan magno vuelo es que aquí todos somos carceleros y, es claro, si no las tiene de verdad, el resultado es como si las tuviera.

Pero, *á tout Seigneur tout honneur*; un gran talento debe ensayarse en grandes asuntos. Creo, aunque no lo aseguro, que este tercer ciclo, titulado "El himno de las torres", es lo mejor que se ha escrito, hasta la fecha, en Sud América. Vaya este elogio sincero por las restricciones, también sinceras, respecto a su feliz realización.

3

Quisiera, porque ya es tiempo, hacer la crítica del estilo de Lugones; estudiar la indumentaria de sus ideas, examinar el color de los ropajes, la calidad del tejido, el lujo de los bordados, todo lo que es externo en suma, ya sea túnica, ya sea peplo, ya fereché, pero una sola cosa se me ocurre y es que se trata de un estilo original, de una vestidura tan nueva, que las ideas de antiguos modistos se eclipsan ante el luminoso esplendor del traje.

Tal vez exagere un poco pero un corto análisis de sus producciones, me ha dado derecho a asegurar lo que afirmo.

Las viejas poesías, con las que se estrenó en Buenos Aires, pecaron de hiperbólica originalidad. Una furia por el vocablo muerto y el neologismo, de manera que el vulgo, diccionario en una mano y gramática griega en la otra, a penas pudiera comprenderle; el odio sacro a la sintaxis; el amor a las invisibles asociaciones de ideas, y una imaginación más indomable que Hipógrifo, hicieron de aquellas poesías y prosas, un galimatías incomprensible con más recodos, sendas, laberintos y escondrijos que los arabescos de una mezquita. Pronto echó de ver que era de mal gusto la originalidad de la forma labrada sin contornos armoniosos, en zig-zags y ondulaciones bárbaras; entonces reaccionó y escribió bien. Se dejó de estilos arquitectónicos. Sabía muy bien que la elegancia helénica, el lujo bizantino, la grandiosidad gótica y la filigrana agarena eran puro arquitrabe. El mar, se dijo, labra las arenas y cincela las rocas. Y escribió a estilo del mar.

Por eso suelen verse en sus sonetos y cuentos unas frases esquilianas que parecen gigantescas ondas con cimeras de espumas. Las imágenes son graves como una enseñanza de Sócrates o profundas como una mirada triste. De vez en cuando, un resabio de su primitivo lenguaje le hace pronunciar discursos sibilinos.

Es, en suma, un decir extraño y notable, el de este descuidado artista. Que la lengua castellana no tiene muchos secretos para él, en seguida se descubre. Si quisiera

Librodot

sería una purista, pero antepone al habla castiza de los clásicos que conoce, e indudablemente admira, las violentas contracciones de un pensamiento que no halla moldes en el decir prosopopéyico español.

Dijeron a Lugones, muchas gentes, su ditirambo. Posiblemente está mareado: en el elogio hay mosto. A la manera del Reverteris que cura la embriaguez emborrachando, sírvole esta copita de simples medicinales. ¿Le embriagaré a mi vez?

Ambas son hipótesis.

Librodot